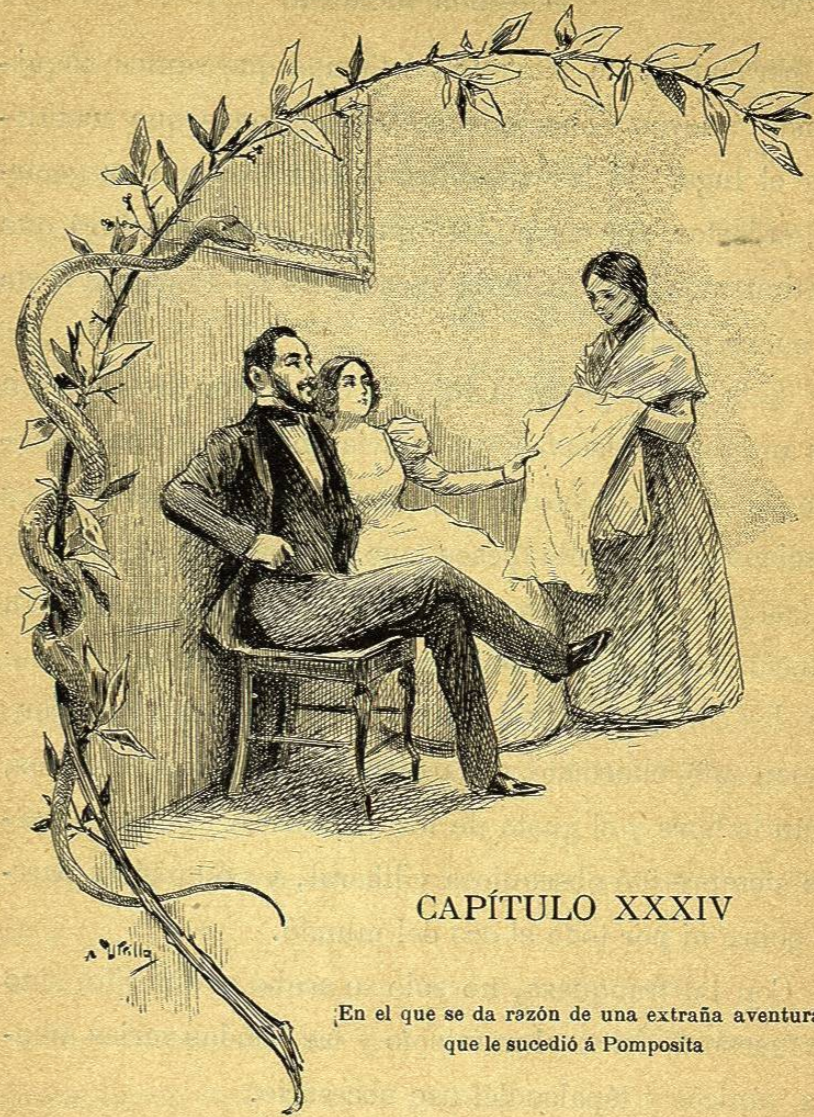


supimos su método de vida y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educación y peor dirección de una madre sin juicio ni talento.



CAPÍTULO XXXIV

En el que se da razón de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes conocidos y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida; conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de éstos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos

su paradero y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquilloso que sea, nos permitirá que continuemos la relación de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y *frascas* eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas, y ellas creían serían eternos, porque nunca habían conocido la economía, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, según la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza, no sólo se acabó el dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajas, tunicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra, que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto que ya subía las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la aflicción de estas buenas señoras: ella crecía á proporción que las escaseces, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que había

aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó, aunque á caro precio, enseñándole unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relación; pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducíanse las dichas máximas á veinte, y eran éstas:

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga más, hazle más aprecio, de modo que tu estimación se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escasea tus favores y procura siempre venderlos caros.
4. Fíngete celosa unas veces y otras simple, según te convenga.
5. No desprecies ningún obsequio, sea el que fuere.
6. A los mezquinos pídeles sin vergüenza.
7. A los que no den nada échalos de tu casa, porque hacen mala obra sin provecho.
8. Engaña al que sea bobo y se deje.
9. Aprovechate del primer ímpetu del que te quiera.
10. No creas á ningún amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.
11. No te apasiones ni pienses en casarte con

pobre; únete primero con un negro, un gálico ó un hereje, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mírate al espejo cuando te compongas y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito más que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, según las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos y no cumplas á ninguno.

18. Desconfía de todos y guárdate, no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas ten por último fin el interés.

Tan bellas máximas no podían menos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de memoria y las practicaba al pie de la letra. Dentro de pocos días comenzó á percibir el fruto de su aplicación.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobres y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demás los pelaba con bastante sagacidad.

Cuando veía un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabárselo á su dueño delante de otros con tanta repetición, que lo obligaba á decirle: — *Sírvase usted de ello, señorita;* — y entonces, después de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera; así que tenga; días há que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los miseñores lo que podía.

También había ensayado á su criada para que cuando fuesen ciertos y determinados señores entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacía el papel muy bien, porque entraba con un tápalo de seda, por ejemplo, de los que no le habían visto aquellos sujetos á Pomposa, y decía: — Señorita, vea usted qué chulo tápalo vende doña Fulana, y tan barato. — A esto se seguía ver el tápalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio; entonces respondía la criada que seis ú ocho pesos pedían por él. — Es dado, decía Pomposa; pero no tengo dinero por ahora; si lo tuviera, no me quedara sin él; pues lo menos que valen esos tápalos son veinticinco pesos. — Entonces no faltaba un garboso que metiera mano á la bolsa y diera el dinero de contado. De esta manera se vendía Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de